EN EL CINCUENTENARIO DE *DON SEGUNDO SOMBRA*

HUGO RODRÍGUEZ-ALCALA

...Me tendrán en su memoria
para siempre mis paisanos.
—Martín Fierro

El éxito inmediato sorprendió a Güiraldes y a sus amigos. El artículo de Leopoldo Lugones del 21 de septiembre de 1926, en *La Nación*, anticipado con temor, fue un espaldarazo entusiasta. "La novela cuyo es el título de estas líneas pertenece a la familia del *Facundo* y del *Martín Fierro*." Acaso en esta sola afirmación pueda sintetizarse todo el fervor laudatorio del memorable comentario sobre el libro "hermoso y fuerte" en que el paisaje y el hombre iluminábanse "a grandes pinceladas de esperanza y de fe." Había en el artículo más de una intuición feliz del verdadero sentido de *Don Segundo Sombra* que la crítica posterior iba a desarrollar en estudios extensos. A Lugones se le debe, en efecto, la vislumbre de que el libro era más que una bellísima elegía del gaucho; que era un canto de vida y de esperanza; que era "cosa nuestra y de nadie más," que tenía por tanto una trascendencia de significación nacional, que era en fin, algo más profundo que una poética visión de la vida pastoral de la pampa.

A los cincuenta años de la publicación de la obra que mereció el "Primer Premio Nacional," se puede comprender mejor por qué *Don Segundo Sombra* "pertenece a la familia del *Facundo* y del *Martín Fierro*."

¿Cómo es que no se aprovechó mucho antes esta aseveración de Lugones para exprimirle su sentido más hondo? Un año después de publicada, F. Ortiz Echagüe la reformulaba en París, en la *Revue de L'Amérique Latine*, como opinión difundida en Madrid entre los pontífices la crítica que también reconocían en la obra premiada, "sans effort la parenté de *Don Segunda Sombra* avec *Facundo* et *Martín Fierro?*"[1]

Para responder en forma cabal a esta pregunta habría que estudiar a fondo varias razones de índole muy varia que aclaran por qué ni al autor ni a la novela se les dio en rigor el crédito suficiente para hacer posible una intelección crítica más penetrante. Aquí me limitaré a subrayar dos de aquellas razones. Una atañe a Güiraldes mismo, en quien no se atinó a concebir un autor de profundidad requerida para asumir la dignidad de intérprete de entrañables aspiraciones argentinas. Otra, correlativa, atañe a Don Segundo y a su discípulo Fabio Cáceres, como posibles simbolizaciones de una preocupación nacional, merced a la cual se dramatizara el diálogo de dos Argentinas en una coyuntura de crisis nacional y universal. Dos Argentinas—aclaremos—: una, la auténtica, que ejerce su magisterio sobre otra informe, en cierne, la cual, una vez formada, puede hacer frente a las incertidumbres del porvenir.[2]

Güiraldes no gozó mucho tiempo de la súbita, inesperada gloria, porque falleció al año siguiente de su triunfo. Pero tuvo ocasión de sufrir una vez más la amargura de la incomprensión respecto a su propia persona vista no en su intransferible individualidad sino como perteneciente a una clase social. También se percató de que el gaucho era ahora blanco de ataques intencionados. Prefirió guardar silencio sobre las implicaciones de esos ataques. Pero dejó escrito:

> Me faltaba una cosa. Con un éxito por cierto inesperado me sentía incómodo. Ni una palabra directa de reproche (no quiero hablar de la súbita saña contra el gaucho, que ha atacado a algunos con vehemencia de vómito negro) peligraba hacer de mi libro algo fofo, merecedor del beneplácito general. Pablo Groussac me agracia con una protección aparentemente bondadosa, diciendo que mi libro es bueno...bueno así como una sopa sin condimento.[3]

Y en seguida menciona el famoso "conflicto," digamos, entre el smoking y el chiripá.

Conocida la causticidad del escritor francoargentino, no eran de extrañarse algunos reparos más o menos crueles. Pero es el caso que el *mot* de Groussac iba a tener largos ecos en la crítica muy posterior a la muerte de Güiraldes. No, no se compadecían, —se pensó y se siguió pensando—, el smoking y el chiripá, el hijo del patrón y el duro resero de la pampa.

Irritado por la incomprensión, en 1935 Leopoldo Marechal publicó en *Sur* algo así como un balance de la crítica desnortada, malintencionada o miope, al cual, en forma de carta que calla el destinatario, tituló "*Don Segundo Sombra* y el ejercicio ilegal de la crítica." Vale la pena recordar lo que Marechal denunció a los nueve años de la aparición de la novela ya que, durante mucho más, la crítica—un sector de ella—desoyó su irónica reprimenda.

En críticos adictos a cierta doctrina sociológica, el autor de *Adán Buenosayres* advirtió ese "ilegal ejercicio de la crítica literaria." Dijo:

> En efecto no miran con buenos ojos a *Don Segundo Sombra:* olvidan que *Don Segundo Sombra* es una obra de arte; que como tal fue concebida y engendrada por su autor; y que debe ser juzgada en tanto como obra de arte, ya que no puede ni quiere ser otra cosa. Para ellos Don Segundo no es un personaje de novela sino un elemento social, un paisano de nuestra llanura que se observa con el riguroso lente de la sociología y cuyo examen, al parecer, no resulta satisfactorio. Don Segundo Sombra es un gaucho que no responde al ideal de los sociólogos avanzados: ha perdido en reñideros y boliches el tiempo que debió consagrar a la dialéctica del señor Marx.[4]

Llama a éstos "críticos 'socializantes.' " Críticos de esta laya no aceptan la verosimilitud de Don Segundo "y el pobre Don Segundo aparece entonces como un paisano irreal, adaptado al gusto de la mitología gauchesca."[5] Otros hay que

ven en la obra una creación interesada de Güiraldes:

para ellos Don Segundo es el gaucho visto por el patrón, el explotado visto por el que lo explota, conclusión maligna que huele a "viento intencionado" y que se funda no en un juicio sino en un prejuicio. (Suponga usted que *Don Segundo Sombra* hubiese aparecido, no con la firma de Güiraldes, sino con la de un mensual novelista de su estancia: ¿cree por ventura, que alguien habría descubierto la mistificación y advertido la presencia del aristócrata bajo el disfraz del paisano?)[6]

Interesante es la distinción que luego establece Marechal entre "críticos nihilistas" y "críticos dogmáticos." Pero vamos ahora a otra cuestión que sigue siendo la misma aunque mirada desde otro punto. Esta: Güiraldes tuvo cierta *responsabilidad*, digamos, en lo que mira a la mala inteligencia acerca de su verdadera actitud de escritor. El pudo, en efecto, haber corregido el perfil que de sí dibujaba dentro de su clase social y con sus modos de vida de hombre distinguido, enamorado de París y viajero de lejanas tierras. No supo, o no quiso (es lo más probable) "administrarse" en el mundo literario. Fue un *tapao* que no se preocupó de exhibir su ser recóndito encubierto bajo dos trajes: el del aristócrata que enseñó en París a bailar el tango y el del gaucho con que fue más de una vez retratado. Prefirió ser herméticamente un *tapao*.[7]

Su queja respecto a aquello del smoking y el chiripá: "¿Es un defecto el saber llevar dos trajes? Para los que no saben llevar ninguno, es, por lo menos, motivo de irritación," no tuvo ningún efecto. El pudo, sí, revelar un secreto: el de no ser un extranjerizante sino algo muy diferente a despecho de su amor a París.[8]

No le hubiera sido difícil a Güiraldes definir su verdadera postura y decir con claridad, en diarios, revistas o libros, lo que pensaba sobre la Argentina y sobre Europa, sobre los argentinos gauchos y los no gauchos. Fácil, en rigor, le hubiese sido aclarar públicamente hasta qué punto coincidía con algunos nacionalistas explícitos de reconocida autoridad intelectual—todos ya fallecidos—respecto a la alarma suscitada en la Argentina por la disolución del sentimiento nacional. Pero si él persistía en ser un *tapao*, ¿quién iba a tomar en cuenta esta coincidencia? ¿Quién iba a adivinar que, lejos de ser un europeísta con la beatería de lo europeo, viese él en su patria, con parejo disgusto al de un Alejandro Korn—para dar sólo un ejemplo—lo que el filósofo llamaba una "imitación simiesca" de la cultura de Europa?

Ya en agosto de 1914, a doce años de *Don Segundo Sombra*, Güiraldes dejó testimonio, sólo después conocido, de su actitud ante Europa: "Yo tuve en Europa el sentimiento de la podredumbre. Encarnaba la definición del gringo por Martín Fierro: 'Y cuando pescan un naco, uno a otro se lo quitan.' "[9]

Y aun antes de 1914, no en Europa sino en Ceilán (cuando tuvo una revelación decisiva en la formación de su pensamiento) Güiraldes asumió una postura bien definida que ya no iba a cambiar. Leamos algunas frases de una carta reveladora a Valéry Larbaud escrita en 1925, cuando trabajaba en *Don Segundo Sombra*. En ella evoca una visión que databa casi tres lustros:

La Argentina era un gran país en el mapamundi, que vino a mí de pronto. Conjuntamente vi su territorio, su historia y sus hombres... Yo veía muy bien todo esto *desde mi conocimiento de civilizaciones completas y ya en retroceso* y cuando en la calma de los momentos actuales el país se me presentó liso y aparentemente hecho, *vi que todo en él era imitación y aprendizaje y sometimiento y carecía de personalidad, salvo el gaucho que, ya bien de pie, decía su palabra nueva.*[10]

Este *tapao* era, pues, un *criollófilo* radical. Al revés de Sarmiento que, por razones históricamente comprensibles menospreciaba al gaucho—ambivalentemente, es cierto, como el mismo Güiraldes lo intuyó—el autor de *Don Segundo Sombra* veía en el gaucho un tipo de hombre *superior*. "*Facundo*" —aseveró en 1925—

me parece un libro en parte de extraño salvajismo... Bajo la levita que el doctor ponía sobre el hombre rudo, se me aparece frecuentemente este último, tanto como en el mismo Hernández, aunque en tesis se hayan colocado en los dos extremos opuestos: Sarmiento queriendo luchar contra los defectos salvajes y condenando al hombre en bloc, y Hernández cantando las virtudes del gaucho en el propio estilo de éste y exaltando hasta sus vicios. Recuerde usted el tono en que Sarmiento habla del "baquiano," del "rastreador," y verá que aunque se propusiera en su acción política destruir el elemento humano autóctono, en el fondo creía profundamente en su ciencia... Sarmiento enfermo se hubiese puesto en manos de un gaucho que curara con palabras. ¿Esa lucha a brazo partido no era en realidad una lucha interior?[11]

Como estas declaraciones no tuvieron en su tiempo la publicidad que hubiese corregido la idea sobre él ya formada, el *tapao* siguió siendo un *tapao* guardándose un secreto valiosísimo de muy pocos conocido. Y en el momento decisivo en que cuajan las opiniones sobre un autor y una obra—1926-1930—no se tuvo en cuenta al Güiraldes "crítico de la Argentina," contrafigura del Güiraldes exaltador del gaucho. Es decir: no se dio crédito al autor como meditador adscrito a un tipo de nacionalismo que en él lograba un sello muy personal. No se advirtió entonces que Güiraldes veía la salvación moral de su patria no en virtud de una europeización a la manera sarmientina sino merced al acendramiento de las virtudes del único hombre para él original y auténtico surgido en su patria: el gaucho.

Porque, en efecto, conforme a su más entrañable convicción, la Argentina no era *un país hecho todavía*, sino *un país por hacer*. Este país, para hacerse, no debía imitar modelos foráneos. El modelo estaba en la pampa. "El gaucho ni ha muerto" —pensaba Güiraldes— "ni nos ha autorizado para que dispongamos con tanto desparpajo de su vida a fin de crearnos una actitud de cantores románticos. Además, habiendo pasado ya el país su viruela boba de romanticismo, no necesitamos tanto cadáver para enternecernos."[12]

En 1952 Borges caracterizó a *Don Segundo Sombra* como una elegía.[13] Güiraldes, cuando escribió su novela, aunque aquejado de enfermedad mortal, no tenía el ánimo para elegías. "Para mí" —pensaba—

en mi país hay un inmenso desierto y en la pampa un hombre. Si la llamada gente culta hubiera sabido entrar en ese hombre, hubiera perdido tal vez su barniz de sapiencia pero hubiera ganado en alma. No sucedió así y la

retórica jesuítica ha seguido arrastrando su miseria interior durante todo nuestro pasado. ¿De dónde iba a surgir el grito-raza? No podíamos producir nuestro poeta. En cambio el gaucho produjo el suyo, José Hernández.[14]

Pues bien, el gaucho iba a tener otro poeta, él, Güiraldes, que no sería tan sólo el defensor del gaucho como Hernández; un poeta que tampoco pretendiera ser el pedagogo del gaucho como quiso serlo Hernández en el prólogo y en el texto de la *Vuelta* de 1879; Güiraldes profesaba ser lo opuesto: un discípulo del gaucho. Así él mismo lo dijo en julio de 1926: "Don Segundo Sombra, *entre otras intenciones*, tiene la de reclamar para mí el título de discípulo literario del gaucho."[15] ¿Discípulo literario solamente? No, discípulo también de virtudes morales. Léase lo que sigue a la declaración citada, que es de una carta a Larbaud: la conciencia que de su discipulado tenía Güiraldes era muy clara y profunda.

Y ahora llega el momento de esclarecer lo más importante, y es que el autor de *Don Segundo Sombra* quiso que el magisterio del gaucho se extendiera por toda su nación. Por eso creó dos personajes en que encarnó sus ideas sobre el gaucho y la Argentina. El primero de ellos, *el hombre ya hecho*, sólo tenía que dejar ver su ser; el segundo, cuyas mocedades consistirían en una serie de crisis, debía desarrollarse, evolucionar, llegar a ser. De aquí que el personaje que más deba interesar en la novela, bien mirado, sea el que llamo el segundo, esto es, el narrador Fabio Cáceres, no Don Segundo Sombra, el hombre maduro y hecho, sino el menesteroso de identidad, el guacho aspirante a gaucho, a *hombre de en de veras*. Había que modelar en Fabio un alma fuerte; el arquetipo estaba junto a él, a caballo. La creación en cierne era arcilla generosa y fértil, ansiosa de modelado.

No sería justo esgrimir contra Güiraldes el argumento de que la novela resultara extemporánea o anacrónica por el hecho de que el gaucho tipo Martín Fierro, el que podía refugiarse entre la indiada huyendo de la justicia o de la injusticia había ya desaparecido, así como la pampa misma ya no era la de los payadores, rastreadores y matreros legendarios. Güiraldes había tenido una prolongada y profunda visión vivencial de *la realidad viviente* del gaucho y sabía que en la pampa persistían ejemplares calidades gauchas—morales y artísticas—así como en otros pueblos persistieron y persisten, a despecho de cataclismos históricos, modalidades peculiares constantes de instalarse en la existencia.

Ahora, en el cincuentenario de *Don Segundo Sombra*, nos es hacedero comprender sin prejuicios el mensaje de Güiraldes y esclarecer en qué sentido la novela pertenece a la familia del *Facundo* y del *Martín Fierro:* a la *tesis* negativa de 1845, la de Sarmiento, se opuso la *antítesis* de Hernández de 1872, seguida de la *Vuelta* de 1879, la *síntesis* iba a verificarse en nuestro siglo, en 1926.

Debe subrayarse que en Fabio Cáceres se produce *una educación doble*: primero se hace gaucho y, después, *hombre culto*. La cultura de Fabio ha sido vista con acierto como necesidad interna de la novela ya que sin ella el narrador-escritor no sería personaje verosímil. Acaso en ello deba verse algo más; esto: Fabio, convertido en gaucho, sin cultura sería incompleto como símbolo de una Argentina educada para afrontar las incertidumbres del provenir. Ahora bien, síntesis como es el libro de intuiciones de lo humano y de lo nacional en la conciencia argentina, el discípulo de Don Segundo *debía además ser culto*, esto es, síntesis él mismo del hombre del campo y del hombre de la ciudad.

A la luz de estas reflexiones se nos hace más evidente el parentesco entre los grandes libros de 1845, de 1872-1879 y 1926.

University of California, Riverside

[1] "Ricardo Güiraldes," *Revue de L'Amérique Latine*, 14 (1927), p. 505.

[2] Ver mis trabajos "Sobre una nueva interpretación de *Don Segundo Sombra*," *La Nación*, domingo 13 de noviembre de 1966 y "A los cuarenta años de *Don Segundo Sombra*," en el libro *Sugestión e ilusión* (Xalapa: Universidad Veracruzana, 1967), pags. 129-77.

[3] "A propósito de 'Don Segundo Sombra,' " *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé Editores. 1962), p. 735.

[4] *Sur*, Buenos Aires, Año V, Núm. 12, septiembre de 1935, p. 76.

[5] Ibid.

[6] Ibid., pp. 76-7.

[7] "El *tapao* para mí como para todo hombre de campo"—declaró Güiraldes—"tiene un prestigio y todo hombre es un *tapao* del cual nunca conoceré el secreto," *Obras completas*, p. 756.

[8] Todavía en 1959 un crítico de renombre afirmaba que Güiraldes, como Darío, podía decir: "Mi esposa es de mi tierra, mi querida de París," Alberto Zum Felde, *Indice crítico de la literatura hispanoamericana* (México: Editorial Guarania, 1959), p. 239.

[9] *Obras completas*, p. 695; ver *Martín Fierro*, "Ida," versos 911-12.

[10] *Obras completas*, p. 774; el subrayado es mío.

[11] *Obras completas*, p. 775.

[12] *Obras completas*, p. 730. Tres opciones había en la Argentina según Güiraldes: "O ser gauchos, o ser compadritos o ser europeizados sin caracú," Carta a E. González Tuñón, *Obras completas*, p. 786. Ver la interesante reflexión sobre el "anacronismo" de la novela en Eduardo González Lanuza, *Los Martinfierristas* (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1961), p. 42.

[13] Ver "Nota sobre Don Segundo Sombra," *Sur*, Buenos Aires, Núm. 217-218, noviembre y diciembre de 1952, p. 9.

[14] *Obras completas*, p. 774.

[15] Carta a Valéry Larbaud, julio de 1926, *Obras completas*, p. 789.